

Crónicas de Paulo

El gañán de la aparcería principal de Huecas juró y perjuró al conde de la Puebla de Montalbán, don Alonso Téllez Girón, hijo del respetado don Juan Pacheco, marqués de Talavera a la sazón, que un artero nigromante lo embaucó a la hora del crepúsculo para que condujese el rebaño hacia el cruce de poniente mientras soplaban el ábrego: “Demórate un tanto, rapaz, que si con la luna de esta noche abrevan las bestias en la encrucijada, el mucho peso que sus carnes ganarán te valdrá regalías del dueño durante las fiestas del Santísimo Cristo”. Una vez allí, con malas artes que en humanos corazones no caben convocó a un sinnúmero de arpías que, entre horrendas risotadas y lascivos gestos, copularon con las ovejas empuñadas para darles posterior muerte seccionándoles la yugular. Su sangre caliente fue néctar en los labios de aquellas aparecidas. Tan fantástico relato no inspiró al conde el más mínimo sentimiento de clemencia, y mandó ajusticiar al gañán por haber degollado, bajo los efectos de un generoso añejo de Fuensalida robado de las barricas del amo, a cuarenta y siete ovejas, trece carneros, siete cabrones y quince cabras. Su cuerpo descoyuntado recibió infame sepultura en el lugar de la fechoría. Un piadoso lego, de la orden de mendicantes del renacentista convento de san Francisco, clavó una cruz de estacas sobre su tumba para mover a compasión al caminante y reclamar una oración.

Aquello serviría, a la par, de escarmiento a quienes osasen hurtarle los ponimientos debidos a don Alonso Téllez.

Algunos lustros lamieron las astillas de los maderos antes de que acabasen cediendo a la voracidad de las termitas. En época de sangre, como aquella era, la memoria se tornaba infiel a muertes, lutos y enterramientos; fue por eso que a nadie inquietó que sobre el antiguo enterramiento un maestro cantero, concluso su trabajo en el monasterio de la Concepción de Torrijos, de plateresca iglesia y tablas de la por entonces tan afamada escuela española, mandase colocar un pilar poligonal de piedra de casi tres metros de altura. Lo coronaría una cruz que había prometido labrar como regalo a la villa que durante más de diez años lo empleó en la remodelación de los que otrora fueran claustros del palacio de la Duquesa de Osuna y en breve lo contrataría para el diseño de lo que andando el tiempo vendría en llamarse Hospital de la Caridad de Camarenilla. Acaso por la novedad de lo que el vulgo creía túmulo, acaso porque el paraje había florecido de cristalina fuente, discreta sombra y cómoda hierba (feraz abono fue el que tuvo), no eran pocos los que a curiosear se acercaban. Llegó entre ellos un bardo ciego que, a cambio de unas monedas, entretenía las siestas con toda suerte de acertijos, poesías, autos, decires y cantares.

Con la llegada de los primeros fríos sólo el ciego continuó frecuentando el cruce. Y trocó su oficio por el de mendigo, apelando a la lástima de los muchos peregrinos y caminantes que por allí desfilaban.

jaula de oro fue expulsado de su propia tierra -y hacía sonar su escudilla cuando percibía calor humano.

Siempre hubo quien con él compartiera su pobre o rica mantención, pues ¿a quién no agradaba almorzarse cerca de fuente?; no obstante, rara jornada completaba lo suficiente para pagar una posada que lo guareciese de la noche, teniendo que mal dormir en cuadras o al abrigo de los muros de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Redonda si el sacristán se lo permitía, lo que ocurría cuando éste había oído durante la misa suficiente tintineo de monedas en los limosneros de los lampadarios como para que su talante se tornase bonachón. Aún así el bardo no maldecía su estrella, antes bien, agradecía a Nuestro Señor el que lo hubiese derivado hacia cruce tan prodigioso. Allí conocía de las maravillas de las Indias Occidentales por boca de quienes de ellas regresaban: aves de colores jamás imaginados, salvajes con poderes para hacerse invisibles, cosechas de frutos carnosos que nadie se preocupaba de cultivar, minas a cielo abierto en las que el oro relucía a todas horas...; allí despedía a los que, camino del reino de Valencia, buscaban fortuna y fama en las naos que perseguían al Turco; también allí deseaba suerte a las erráticas familias que, huyendo de regiones harto belicosas, marchaban a las prometedoras tierras del bajo Aragón... Supo de los rigores de la Inquisición por judíos viejos que escapaban a Murcia, donde el fanatismo religioso -alguien le aseguró- se hallaba atemperado. Saludó e intercambió romances con cíngaros curtidos por soles de mil países en su vuelta a climas más bonancibles. Sintió a cuadrillas de campesinos levantados en armas dirigirse a una muerte más segura y menos lenta que la del hambre a manos de las fuerzas del conde. Pordioseó a los romeros que con el estallido final de los majuelos se acercaban a implorar o a agradecer al muy milagroso Cristo, por la cañada del Tajo. Vio, en fin, y aún muertos los ojos, pasar la vida. Y siempre con el mismo estribillo en sus labios:

- Una caridad, por Dios, una limosna para este pobre tullido que por renunciar a una prisión en jaula de oro fue expulsado de su propia tierra.

Asistió a la colocación de la prometida cruz sobre el pedestal. “Y, dígame vuesa merced, ¿es bonita?”, preguntó al maestro cantero. “Es de mi gusto, que es más que decir que sí. La piedra es noble y está terminada en florones crucíferos, con ornamento de ramas y hojas de cardo pegadas y zarpadas”, contestaba el creador con inmodestia.

Por unos y otros fue aprendiendo a conocer la cruz, qué santos la adornaban, qué animales señalaban al este y cuáles al poniente, de qué clase eran los motivos vegetales que la embellecían. Y en los ratos de menos tránsito inventaba historias de lo que oía para fraguarlas en leyendas.

- Tenga a bien fijarse en el nido de pelícanos que corona la escultura -advertía a una joven de acento extranjero que venía con un grupo de Toledo-, simboliza la resurrección de Jesucristo, pues sepa que, entre todas las bestias y aves del mundo, es ésta la única capaz de volver desde la muerte.

- ¿Capricho de Natura o privilegio de los cielos?, no se sabe. Lo cierto es que, aplastados y muertos los polluelos por los celos del padre, la madre se hiere el ala y transfunde su propia sangre a los cadáveres, que recobran la vida. Y, ¿quién aventura la identidad del santo que flanquea la diestra de la siempre bienaventurada madre de Dios? -esta vez se dirigía a un auditorio más vasto, lo sabía porque su voz quedaba acolchada por más cuerpos- Diréis bien si lo llamáis san Cristóbal, el patrón de los caminantes, protector contra tormentas, riadas, granizos, rayos y picaduras de sierpes. El mismo santo varón que cargó sobre sus espaldas al niño Dios para evitar que sus divinos pies se enfriaran al vadear un arroyo. Encomiéndense, sus gracias, a tan buen benefactor y apiádense de este pobre tullido, que por renunciar a una prisión en jaula de oro fue expulsado de su propia tierra.

Aquella noche se pudo regalar con colchón de lana merced a las monedas de los toledanos.

Sucedieron semanas terribles, la peste bubónica diezmaba ciudades al norte y las gentes se encerraban en sus casas intentando espantar, con cruces de brea, la epidemia. El ciego, en ese tiempo, sólo oyó transitar por el cruce a espectros, animales, facinerosos, sombras y tragos. Precisamente fue un aparecido (si bien eso lo deduciría mucho más tarde) quien le acercó noticias sobre la figura mejor labrada en la cruz: el arcángel san Miguel. Caudillo de los ejércitos celestiales, de una presencia portentosa y belleza casi divina, mantenía a buen recaudo a los ángeles infieles e impedía el paso a la morada de los santos a cuantas ánimas tuviesen causas pendientes con los mortales.

Con parecidas palabras y muchos otros adornos artificiosos estrenó su historia ante un noble mancebo y sus lacayos, quienes parecieron levantar la cuarentena de los senderos. A juzgar por la voz del muchacho, desabrida y chirriante, su apariencia debía ser más cercana a lo grotesco que a lo gentil; mas se equivocaba el invidente, porque muy otro era el aspecto del noble: barbilampiño de ojos y cabellos claros, rizados graciosamente sobre los hombros, nariz bien formada y labios carnosos; incluso la cicatriz pendenciera de la mejilla, en lugar de afean el rostro, incrementaba su atractivo.

- Dadle unos mendrugos a esa escoria, nos ha entretenido bien -le dijo a los criados- ¡Ciego!, ¿no sabrás ensalmos que atonten a las damas? Mi padre, don Íñigo Vélez de Guevara, me envía a seducir a una para aumentar nuestras lindes.

- El mejor ensalmo es el amor que le procuréis.

- ¿Amor? El amor durará hasta que la desflore en el tálamo.

No les deseó tan mala partida a los caballeros como peor llegada a donde quiera que fuesen. Por las gentes supo después que el tal don Íñigo era el señor del castillo de Maqueda, donado por el rey Enrique IV en agradecimiento a su fiel vasallaje en tiempos de zozobras políticas.

aspiraba y porque los primeros grillos afinaban sus élitros de estopa.

- Decidme, buen hombre -le preguntó un extranjero de amables modales-, ¿no habréis sabido de una joven germana, tímida y bella como luna de otoño, que escapaba de Toledo?

- Poco os puedo asegurar de su belleza, que es gracia que me está vetada contemplar, y menos de su nación. Os diré, por ventura, que a tales señas podría responder alguien que con un grupo de la imperial ciudad por aquí paso no ha mucho. Tal vez os aventaje en cuarenta o cincuenta jornadas. Preguntad en el monasterio de agustinas de la ciudad de Plasencia, creí entender que en él buscaría acomodo.

El amor le hacía seguirla; por agradar a sus padres una vez la dejó marchar, pero, sin ella, las noches eran asfixia y los días desazón. Prefería verse desheredado a perderla para siempre. La indicación del ciego le valió varias monedas. "Buenos vientos vienen de Toledo", pensó para sus adentros. Y deseó buen viaje al que dijo ser físico y galeno.

No recordaba muy bien si había sido la calina o el bochorno lo que trajo noticias de ultramar: nuevas tierras se habían conquistado en el paraíso que el almirante Colón descubriera, la flota portuguesa carroñaba los fortines peor guarecidos, algunos nativos habían sido presentados ante sus majestades, dioses casi tan vigorosos como el Creador -aunque mucho más crueles- y comparables en sabiduría al mismo Alá regían los destinos de esos pobres infieles... Un mercachifle piamontés que buscaba provisiones de buenas tijeras y navajas fue el primero en anunciar que la cristiandad inauguraba nueva era con el pontificado de Clemente V, Borgia en lo cruel y Médicis en lo mundano.

Entrados ya en el estío recibió una visita el que de nuevo ejercía de juglar, reservando la mendicidad para los fríos.

- Al amor de la cruz de término me dijeron que le hallaría, mi señor.

- ¿Quién le llama mi señor a este mísero ciego? -se sorprendió el referido.

- Quien os vio nacer y os vistió de seda en más de una ocasión, el doméstico de la Casa de los Porzuna y Malagón.

De mucho hablaron los viejos conocidos, recordaron travesuras de hidalgos y mejores sinos, infancias venturosas y amores en requiebro, lides de cetrería y festines para el pueblo. También, como una sombra, planeó sobre las palabras el recuerdo de la desgracia: ese ir apagándose su vista cuando más le prometía la vida. Se interesó sobremanera por su hermana, la única criatura de la familia que le demostró cariño cuando más lo precisó. El criado confió, al fin, la causa de su llegada:

- Su señora madre quiere que volváis; le destroza las entrañas que el primogénito de la Casa vagabundee por tierra extraña mendigando.

mis aposentos sin recibir la luz del día por miedo a que el pueblo descubra mi desgracia. Decidle a la señora que si se avergüenza de haber alumbrado a un pordiosero, más me avergüenzo yo de que las apariencias ocupen mejor lugar en su corazón que el amor materno.

Con pena partió el sirviente, y con pena quedó el señor de Porzuna. La Providencia, que voltea los hados a su capricho, por reparar el amargor del ciego, llevó de regreso ante él al galeno y a su amada, ex-recadera de las agustinas de Plasencia.

- No sé cómo agradecerte, buen hombre, el mucho bien que me hiciste encaminándome hacia mi prometida.

- Quizás con unas monedas -dictó la costumbre al juglar.

- Quizás con algo más; permíteme -dijo acercándose a él y examinando sus ojos-. No eres ciego de parición, ¿digo bien?

- Dices bien. El cielo me quitó la vista a la edad de los veinte años; todavía no sé qué pecado mereció tal castigo.

- ¿Te examinó algún físico? -indagó el extranjero.

- Me examinó el abad de Sancti Spiritus, y rezó por mí.

El galeno intercambió unas palabras con la muchacha en su lengua madre.

- Lo tuyo no es pecado, sino enfermedad; tienes desprendida la telilla de las órbitas. Con buen pulso, remedios adecuados e instrumental suficiente podríamos devolver la luz a tus ojos. Si no te es gravosa la espera nos llegaríamos a Toledo a por todo lo necesario y a anunciar a los nuestros la boda. Hemos prometido a las religiosas de Plasencia celebrarla en su convento.

Concertada quedó la espera, que dio ánimos desconocidos al pobre. Si una vez la fatalidad encaró su dicha, ¿no podría, una vez, encarar la dicha su fatalidad?

Obligado se hizo iniciar cualquier viaje con unos rezos al pie de la cruz de término -escapulario de Villamiel, ciudad a cuya entrada se erguía-, lo que aumentó el auditorio del ciego: "Reparen en san Rafael, uno de los siete ángeles que están siempre en la presencia de Dios. En la cruz lo pueden ver junto a un pez, precisamente del que se sirvió para ahuyentar al demonio Asmodeo, enviándolo a la región de Egipto. Con sus vísceras libró a Raquel del maleficio que mató a sus siete maridos y con las mismas sanó la ceguera de Tobías. De igual modo, con la ayuda de Dios y de la ciencia, muy pronto me será devuelta la vista". Los peregrinos se apiadaban más del trovador, a quien creían camino de perder el juicio, y éste, con garbo estimulado por el tintineo de las monedas en la escudilla, redundaba en su narración. Si lo fantástico no era del gusto de los oyentes el ciego derivaba la narración hacia los orígenes de Villamiel, aderezando la historia

Templarios, de cómo, siendo un caserío en sus orígenes, se había independizado de Toledo para pasar a depender de la encomienda de El Viso y de la bailía de Olmos gracias al avenimiento del arzobispo de la imperial ciudad, don Rodrigo Jiménez de Rada y la orden de San Juan del Hospital. En ocasiones también incluía en sus recitados fragmentos de la carta puebla que la había constituido en villa.

Pasó la estación canicular y ni un asomo del galeno alentó la esperanza del desamparado señor de Porzuna. Mas como los sueños son el más preciado y casi único patrimonio de los necesitados, a fuerza de repetir su historia y sabiendo que la encrucijada era paso obligado hacia Plasencia, no cedió a la tentación del abatimiento.

Si las crónicas son fieles, a mediados de octubre de ese mismo año de gracia los caballeros del Santo Oficio expusieron en el pilar de la cruz, para público escarmiento, los cadáveres ajusticiados de una pareja de nigromantes que transportaban insólitas pócimas y arcanos ingenios. El ciego obedeció el mandato de abandonar el cruce durante unos días trasladándose con sus cantares y decires al cercano puente de tres ojos sobre el Guadarrama (destruido poco después por una riada), preocupado por si en ese intermedio acertase a pasar el galeno y su prometida.

Las muecas horribles de ambos, mecidos por la soga que los hermanaba con la cruz labrada, lo vieron alejarse.

A muchas leguas de allí, informada la señora de Porzuna y Malagón de la decisión del primogénito, resolvió ceder el título al pretendiente de su hija. Éste, al conocer la noticia, dibujó una sonrisa que le arqueó la cicatriz. Su prometida le acariciaba los dorados rizos hablándole de su hermano, pero la mente del joven vagaba por los campos que, en breve, ensancharían el territorio de Maqueda.

Nota del transcriptor.- Años después, cuando la torre de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Redonda se desplomó en parte como tocada por un mal viento, dejó al descubierto un vano en la misma base. En él se encontró lo siguiente:

- un relicario conteniendo arena de Tierra Santa, según inscripción de bajo relieve en estaño;*
- copia de la "authentic" del lignum crucis custodiado por la familia Ladrón de Guevara e Ibarra, firmada por su Santidad Sixto VI;*
- tres misales antiguos del rito mozárabe y un catecismo romano de Andrés II;*

la cruz de término que custodió la entrada de Villamiel;

- varios fardos de pergaminos carcomidos por el tiempo y la humedad, entre ellos se despolvaron las copias de las fundaciones del marqués de Fuente Hermosa, datadas en 1674, dos copias -una impresa en 1704 en Toledo y otra de Maqueda con fecha de 1705- de la venta del señorío a don Pedro Robles Corvalán por la Junta de Represalia de Bienes Ingleses y Holandeses; y la confesión autógrafa del nieto de Paulo, el bardo ciego, de firma ilegible, sobre la cual se ha reconstruido este relato.

Seudónimo.- Paulo